

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental comedia basada en una famosa obra de WILLIAM J. LOCKE

Por el amor y la gloria

Creación de los célebres artistas:
ENID BENNETT y HARRISON FORD

Asunto muy interesante

Programa
VILASECA & LEDESMA, S. A.

Postal-fotografía-regalo:
JOHN GILBERT

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles.

Precio: 25 céntimos.

E. VERDAGUER MCHERA.-TOFETE. 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 161

25 cts.



GENTES
DE MAR

POR
THOMAS MEIGHAN
Y AGNES AYRES
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 161

GENTES DE MAR

Comedia de gran interés, interpretada por
THOMAS MEIGHAN
Y AGNES AYRES

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE

SELECCINE, S. A.

Ronda Universidad, 14-Entlo. — Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BABY PEGGY

GENTES DE MAR

Argumento de la película de dicho título

Generación tras generación, los Peasley de Thomaston, en la costa del Maine, daban sus hijos al mar. Mateo Peasley, el último de este apellido, era también un futuro marino.

La viuda de Peasley, a quien el mar había separado primero de su padre y después de su marido, veía con tristeza acercarse el momento en que también la separaría de su hijo.

Pocos años contaba, a la sazón, Mateo Peasley; pero su amor al agua era ya presagio de su entrega a ella.

—¡Pero hijo, por Dios, te pasas el día metido en el agua!—exclamaba la vieja madre.

—No me riñas, mamita: he sido el último en abandonar mi barco—respondió el chico, triunfante.

El puerto en donde el niño hacía prácticas de piloto, era un lavadero, y la embarcación un cubo de madera.

Pasó el tiempo, y antes de lo que la buena vieja hubiera deseado, el hijo se hizo hombre, y el mar le reclamó como antaño reclamara uno por uno a sus antepasados.

Y Mateo Peasley fué nombrado primer oficial de la goleta "Mary Ellen".

Las despedidas de madre e hijo, a cada nuevo viaje, eran muy dolorosas. La más reciente, tratándose de una travesía peligrosa, fué tal vez más conmovedora que las otras.



—Que la Virgen te proteja, hijo mío. Sé prudente... muy prudente...

—Que la Virgen te proteja, hijo mío. Sé prudente... muy prudente.

—No llore, madre... Todos los Peasley han dado la vuelta al cabo de Hornos... En cuanto la "Mary Ellen" llegue a San Francisco, le mandaré un telegrama.

Después de un viaje sin el menor contratiempo serio, la goleta "Mary Ellen" entraba ga-

llardamente en la bahía de San Francisco de California, capitaneada por Noé Kendall, un bravo lobo de mar, que apreciaba mucho a Mateo.

El segundo oficial de la "Mary Ellen", Miguel Murphy, más que un compañero, era un hermano para Mateo.

Algo más joven que éste, aunque tan buen chico, Miguel abrió desmesuradamente los ojos al arribar a destino, y dijo a Mateo:

—¡Ahí tienes a San Francisco! ¡Un puerto para divertirse, como no hay otro en el mundo!

Dominando la hermosa bahía de San Francisco de California, estaba el despacho del antiguo capitán Ricks, presidente, en aquella fecha, de la *Blue Star Navigation Company*, y propietario de la "Mary Ellen".

El capitán Ricks, más vivo que un lince y de estatura vulgarísima, sabía que sus negocios iban viento en popa, y descansaba en su administrador.

Y podía, ciertamente, descansar en él, porque Juan Skinner, a más de muy inteligente, era hombre de una honradez acrisolada.

Aquel día—el de la llegada al puerto de la "Mary Ellen"—, Skinner, al dar cuenta a su jefe de los asuntos pendientes, le enteró de un desagradable incidente ocurrido la víspera.

—El "Retriever" está ya listo, señor, pero no puede salir, porque no tiene capitán.

—¿Que no tiene capitán? ¿Es esto una broma, Skinner?

—Le diré, señor... El capitán Peterson no

puede embarcar. Anoche descalabró media docena de guardias en una taberna de los muelles, y lo llevaron a la cárcel.

—¡Qué contratiempo! ¡Ese hombre es un antropófago!

—De modo que usted dirá lo que hay que hacer.

—Vamos a ver si conseguimos que le suelten... Voy a llamar a la Comisaría de Policía.

Personalmente, el jefe de la policía contestó en sentido negativo al señor Ricks.

—Lo siento mucho, señor, pero ese condenado sueco descalabró anoche diez marineros y media docena de guardias, por lo que tendrá que estarse treinta días en la cárcel.

El capitán Ricks, incomodadísimo, se devanaba los sesos buscando solución al asunto, pues el "Retriever" tenía que zarpar inmediatamente. Precisaba, pues, encontrar un capitán de confianza.

—¡Qué bruto ese animal!—decía al propio tiempo el inquieto hombrecito (hemos aludido al señor Ricks).

Bruto era, en verdad, el tal Peterson, y por algo se le conocía entre las gentes de mar por el apodo de capitán Trompazos.

Hasta los carceleros iban con él con suma prevención, pues sabido era que los golpes que Peterson daba no tenían dirección fija. ¡A lo mejor—que sería lo peor—ocurría un desvío, y adiós ojo o barba de un padre de familia!

Con algunos hombres como Peterson, que todo lo arreglaba a puñetazo limpio altamente sucio, la gente se vería obligada a transitar

por las calles con dos sendas pistolas automáticas en las manos.

Iracundo por haber sido encarcelado sin más motivo que el de haber estropeado a unos cuantos hombres, Peterson se las había con todo lo que encontró en la celda donde cumpliría su condena, arrancando de una sola vez el camastro.

Nada; el capitán Trompazos era un sujeto peligroso.

Dándose a todos los demonios estaba el capitán Ricks cuando, de súbito, su administrador le informó de la llegada de la goleta "Mary Ellen".

—¡Magnífico! ¡Que embarque en seguida en el "Retriever" su capitán!—ordenó el pequeño gran hombre.

—Bien, señor; se procederá en consecuencia.

—Voy con usted.

Entretanto, a bordo de la goleta, Miguel, tan pronto hubo percibido, de manos del capitán, su sueldo, saltó de alegría, estorbando a Mateo en la comprobación de los billetes que también acababa de recibir, y exclamó:

—¡Doseientos dólares, y en San Francisco! ¡Viva la alegría! ¡Viva la Pepa!

Mateo, que tenía otros pensamientos que su amigo, manifestó:

—Quiero emplear bien mi dinero.

Miguel, interpretando erróneamente el significado de la frase de Mateo, le dió unas palmadas en la espalda, y consideró aceptada una idea suya; la siguiente:

—Hasta que se nos acaben los papiros, iremos a medias en todo.

Mateo rióse de la infantilidad de su compañero, y ambos se aprestaron a liar su ropa para desembarear.

No lejos de la goleta, dos bellísimas señoritas "atracaban" a los marineros en plena calle. Colgado de su pecho esas señoritas llevaban un cartelito en el que se leía el motivo de su atraco:

*Cómpreme un corazón
a beneficio
del hogar del
marino.*

El plausible fin de la postulación obtenía en el barrio marítimo regular éxito. Los humildes marineros daban su modesto óbolo a las gentiles damiselas, las cuales, por su distinción y simpático rostro, simbolizaban la caricia de la caridad.

Pero, entre los buenos, las señoritas postulantes se tropezaron con dos individuos de la peor casta, que miraron sus bolsos con protervia, después de negarse, sin consideración ninguna, a aceptar un "corazón".

El capitán Ricks y su administrador aparecieron por el extremo de la calle, y, al divisar a las señoritas recolectoras, se dirigieron a su encuentro, haciendo lo propio ellas.

¿Se conocían?

Una de esas postulantes, Flora de nombre, era hija única del capitán Ricks, la niña mimada del rico armador.

—No debéis andar por estos muelles. No son

lugares muy seguros para dos muchachas solas—fué el saludo que dió a Flora su padre.

A lo que, acompañándose con seductoras sonrisas, replicó la señorita:

—Para ti es para el que no van a resultar muy seguros, papá, porque va a costarte cinco dólares este encuentro, digo, este corazón.

—Y eso... ¿qué es?

—Pues... una buena acción, papá. No preguntes, y paga.

—¡Demonio de mujer! Sólo sabes pedir...

—No te duela, papá. Esta vez, mi petición no puede ser más humana. Nada de trapitos; nada de cremas: un soplo de aire puro para el establecimiento benéfico de la gente de mar.

—Ahí van esos cinco. ¡En paz!

El administrador tampoco escapó al asalto, pero su donativo fué, comparado con el del capitán Ricks, casi ridículo a los ojos de Flora.

Indudablemente, no estaba en el ánimo de la joven criticar la modesta dádiva de Skinner, y pronto rechazó ella de su mente el impropio parangón, reconociendo que quien da lo que puede es tan digno a los ojos de Dios como el que regala a manos llenas lo que le sobra.

Después de consumado el sablazo a sus bolsillos, el capitán Ricks se encaminó hacia la goleta, para entrevistarse con su capitán, quedándose, el administrador, por unos momentos, en agradable plática, con Flora.

El capitancito subió a la planchada de su barco, y cuando se hallaba casi en su centro, Mateo, que, por el contrario, iba a desembar-

car, le cortó el paso, ignorando quién era el "visitante".

El capitán Ricks, no admitiendo la posibilidad de que un tripulante de sus barcos no le conociera, insistió en que Mateo retrocediese hasta bordo, para dejarle pasar.

Como Mateo también era terco, se empeñó en bajar, obligando al armador a volver a tierra.

El capitán Ricks puso el grito en el cielo.

—¡A mí! ¡Obligarme a mí a cederle el paso! ¿Qué se ha creído usted, joven? ¡Eso le costará a usted caro!

—Mire usted, buen hombre, que la razón está de mi parte: yo me hallo más cerca de tierra, que usted del barco. De modo que, haga usted honor a la lógica.

—Pero ¿insiste usted? ¿Tiene la osadía de arrojarme?

—Bueno, ¡vaya! que no me gusta perder el tiempo, baje usted, y luego suba. ¡Qué calamares ni qué chorizos!

Flora y Skinner, sorprendidos por la discusión de los dos ocupantes de la planchada, siguieron el curso de la escena con gran interés.

—¡A ver si ese hombre es capaz de echar al agua a papá!—temió Flora.

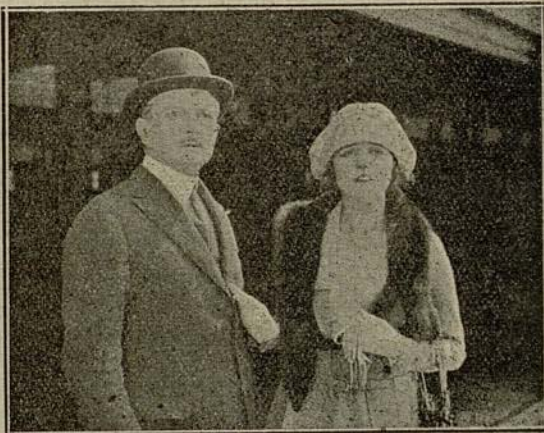
—Eso sí que es raro—dijo, a su vez, Skinner, al tiempo que suponía que Mateo no conocía al capitancito.

A fin de cuentas, fué el marinero quien, ante la soberbia actitud del "medio hombre", se llevó el triunfo, debiendo, pues, el capitán

Ricks, bajar a tierra, más encendido que un bicho.

También desembarcó Miguel, y los dos amigos se dirigieron hacia un bar del puerto.

Mientras, el capitán Ricks, reuniéndose con él su administrador y su hija, se dejaba llevar



—*¡A ver si ese hombre es capaz de echar al agua a papá!*

de su intensa nerviosidad por lo ocurrido.

—*¡Canalla!... ¡Atreverse a echarme de la planchada de mi propio barco!*—profirió cerrando los puños y amenazando a Mateo desde lejos.

—*Calma, señor Ricks, calma... Tal vez ese hombre no le haya reconocido a usted.*

—*Claro, papá, puede que no se haya acor-*

dado de que tú eres el armador, o, cosa posible, que no te conozca siquiera.

—*Pero, de todos modos, debía ver que yo soy un caballero...*

—*¡Bah! ¿No comprendes, papá, que después de un largo viaje, esa buena gente no ve otra*



—*¡Canalla! ¡Atreverse a echarme de la planchada de mi propio barco!*

cosa que desembarcar... por encima de todo?

Miguel y Mateo, apenas llegados al bar en cuestión, se separaban, quedando el primero, en dicho establecimiento, en espera del segundo, que, sin decírselo a su amigo, se dirigía a la oficina de telégrafos.

El motivo de la visita de Mateo a esa administración oficial, obedecía al deseo de imponer

un giro a su madre acompañado de un aviso de llegada a buen puerto.

El importe del giro era de ciento noventa y cinco dólares y los gastos cuatro cincuenta, con lo que no contaba el bueno de Mateo; no quedándole, pues, en sus bolsillos, de lo percibido al término de su viaje, más que medio dólar.

El telegrama decía así:

Sara Peasley

Thomston, Maine

Ciento noventa y cinco dólares.

Llegué felizmente San Francisco. Deseo esté bien de salud. Su hijo, Mateo.

Por su lado, Miguel, considerándose, con sus doscientos dólares en el bolsillo, el hombre más rico del mundo, cometía la imprudencia de enseñar sus billetes en el precitado bar, y varios "vivos" lo desplumaron descaradamente.

Miguel se lió a golpes con todos, y Mateo, que llegó en aquel momento, viendo en peligro a su amigo, le ayudó a repartir puñetazos.

No hicieron escasa faena los dos camaradas, pero como el número de los contrincantes era superior, tuvieron buen cuidado de dar por terminada la sesión cuando se encontraron en la calle, sin más dinero, uno y otro, que el medio dólar de Mateo, y sin ropa los dos, pues también se llevaron los líos los sinvergüenzas.

Explicado minuciosamente lo ocurrido por Miguel, Mateo, en medio de la "bola", no pudo menos de echarse a reír, imitándole, para consolarse, su amigo, pensando, además, que todo no estaba perdido toda vez que Mateo debía conservar sus doscientos dólares.

—Menos mal que aun no nos podemos desesperar. Como hemos quedado en ir a medias... pues ahora vamos a medias con lo tuyo...

—La mitad de lo que tengo es tuyo. ¡Los tratos son tratos! He aquí todo mi capital.

—¿Medio dólar?

—Ni más ni menos.

—Pero...

—Este recibito justifica mi exiguo saldo. Ya te dije, querido Miguel, que yo quería emplear bien mi dinero.

—¡Esta sí que es buena! ¡A ver qué hacemos sin perras por este San Francisco! Fíjate en ese escaparate. Mira: "*Vaca estofada, una ración 25 centavos*". ¿Y eso? ¿Y lo de más allá? ¡Qué chuletas, Mateo!

—Aparta la vista... que eso es cazar en coto vedado.

—¡El estómago tiene unos caprichitos! ¡Ahora que no me queda un centavo, me está entrando un apetito!

Flora, divisando a los dos amigos, se apresuró a alcanzarles, y ofreció su tierna mercancía a Mateo.

—¿Quieren ustedes comprarme un corazón? No cuesta más que medio dólar.

Miguel miró alternativamente el corazón de Flora y la vaca del restaurant. Decididamente, la vaca le hipnotizaba.

Pero Mateo, lamentando no poder complacer como quisiera a la encantadora postulante, tomó una determinación; y dijo a Miguel:

—Aquí está el medio dólar que nos queda.

Si sale cara, comemos, y, si sale cruz, comparamos un corazón.

—Conforme.

Y salió... cruz.

¡No comerían!

Flora colgó en la solapa de la chaqueta de



—¿Quieren ustedes comprarme un corazón?
No cuesta más que medio dólar.

Mateo el albo corazón, sonriéndole deliciosamente, correspondiendo el marino a ese simpático gesto, con cariñosas miradas, muy agradables para Flora, que había reconocido en él al joven que impuso su recia voluntad a su papaíto, el capitán Ricks, en la planchada de la "Mary Ellen", cosa que le hizo mucha gracia, por la cara que puso el perjudicado.

Flora reunióse con su amiga, y, encantadas, comentaban la marcha de la recolección. Sus sendos bolsos acusaban una suma aceptable.

Pero ese dinero corría peligro.

En efecto, los dos pillos que vigilaban a las dos señoritas desde hacía buen rato, se decidían, al fin, a llevar a cabo su plan.

De súbito, sin que ellas pudieran prevenirse lo bastante, aquellos malos sujetos les arrancaron los bolsos, y se fugaron.

Como hubo un poco de resistencia, por parte de Flora, principalmente, Mateo, volviendo la cabeza, desde el extremo de la calle, al oír un rumor de disputa, vió lo que ocurría, y echó a correr, con Miguel, detrás de los ladrones.

Uno de los cacos desapareció.

Entonces Miguel, mientras Mateo perseguía al otro, que era el que llevaba los bolsos robados, fué a buscar a la policía del muelle.

Mateo, por sí solo, consiguió recuperar los citados bolsos, pero, a traición, fué herido por el pillo en la cabeza, a la par que se presentaba la policía.

Mateo cayó pesadamente al suelo, y Flora, trémula de emoción, convino con Miguel en la necesidad de llevarle al hospital de los muelles.

Así se hizo, recomendando Flora a los directores del benéfico establecimiento, que el herido no careciese de nada.

En tanto, a bordo de la "Mary Ellen", el capitán Ricks se ponía de acuerdo con el ca-

pitán Noé Kendall para que se hiciera a la mar con el "Retriever".

—En cuanto regresen mis dos pilotos, que andan por ahí con permiso, me haré a la vela. Peasley y Murphy no suponían que íbamos a tener que zarpar tan pronto. Pero ya los en-



...y Flora, trémula de emoción, convino con Miguel en la necesidad de llevarle al hospital de los muelles.

contraremos—respondía el bravo lobo de mar.

Toda una noche de pesquisas para encontrar a los dos marinos, no dió el menor resultado, y el "Retriever" seguía listo para hacerse a la vela.

Al día siguiente, el capitán Ricks se pre-

sentó en el "Retriever"—donde se encontraba ya el capitán Noé Kendall—, para presentar a éste a los pilotos del capitán Peterson, en vista de que Mateo y Miguel no aparecían.

—Como es necesario que se haga usted a la vela inmediatamente, me parece que puede usted muy bien zarpar con estos dos hombres

Miguel, cual si le hubieran llamado, apareció en aquel instante, y viéndole a él, el capitán Kendall pensó que Mateo no estaría lejos.

Eso le dió fuerza para contestar al armador como sigue:

—Yo no necesito a esos dos hombres. Si quieren navegar de marineros, pueden hacerlo.

Uno de ellos, bruto como su encarcelado capitán, se negó a descender de piloto a simple peón; en cambio, el otro, se resignó, corroborando el pensamiento: "*A falta de pan, buenas son tortas*".

Enterado de que el "Retriever" debía zarpar sin pérdida de momento, Miguel corrió a avisar a Mateo en el hospital, encontrándole con Flora, que le había cobrado sincero afecto.

Por si el herido no se hubiera convencido ya de que la presencia y los apretones de mano de Flora tenían el indiscutible don de reanimarle, el mirarla a los ojos le decía cuánto era capaz de amarla.

El idilio, el dulce y silencioso galanteo empezaba...

Miguel soltó la noticia a su amigo.

—El capitán ha cambiado de barco. Ahora manda el "Retriever", y le hacemos falta en

seguida. Sólo espera a que estemos nosotros a bordo para largar amarras.

Mateo y Flora se interrogaron con la mirada, y ella dijo:

—Si se encuentra usted en condiciones, vaya... Yo le acompañaré con mi "auto". Pero no sea usted temerario...

Mateo, que ya estaba repuesto, decidió responder a la llamada de su capitán, y Flora le acompañó hasta el muelle, así como a Miguel, que se sentó al lado del *chauffeur*.

Y, desde aquel día, Mateo dejaba en tierra otro ser que hacía latir su corazón.

El "Retriever" enfiló la proa con rumbo a las islas del Sur.

Durante el viaje, Mateo no cesaba de pensar en Flora, y en recuerdo suyo guardaba como una reliquia el corazón de cartón que ella le colgara en su solapa.

Tampoco Flora se olvidaba de Mateo, y envuelto en la lista de su recaudación para el hogar del marino, guardaba el medio dólar con que él le compró el corazón...; es decir, dos corazones...

Pasaron los días, y uno de ellos, en una isla remota del grupo de las Samoa, el capitán Kendall desembarcó para comerciar con los indígenas.

Los salvajes ofrecían productos naturales que no interesaba adquirir, y la negativa de compra hecha por el capitán, excitó los ánimos de aquéllos, dando por resultado la entrevista, una agresión al viejo y bravo lobo de mar.

Algunos de los marineros que acompañaban

al capitán Kendall, se apoderaron de su cuerpo herido mientras los otros contenían a los indígenas, y regresaron a toda prisa al "Retriever".



Tampoco Flora se olvidaba de Mateo...

Las heridas recibidas por el capitán eran graves, y al poco rato, sintiéndose morir, el viejo lobo de mar llamó a su lado a su hombre de confianza, Mateo, entregándole el mando del barco.

—¡Mateo, hazte cargo del barco, que yo me muero!

Y la muerte segó una vida en alta mar...

Mateo se hizo responsable de la dirección del barco, y cursó el correspondiente aviso a la Compañía.

Era día festivo. Los periódicos locales publicaban la siguiente noticia, muy interesante para el capitán Ricks, y desagradable para aquellos a quienes los puños del interesado podían perjudicarles:

EL TERROR DE LOS MUELLES EN LIBERTAD

El capitán Peterson, alias capitán Trompazos, acaba de salir de la cárcel después de cumplir su condena de treinta días.

Durante su permanencia en la cárcel, destruyó cuanto tenía a su alcance, resultando uno de los peores clientes del establecimiento.

Aquel mismo día también, llegó el cablegrama de Mateo.

Ese parte contenía el siguiente texto:

*Apia, Sansoa,
29 abril 1925.*

Indígenas asesinaron al capitán Kendall, en un islote cerca de aquí. Mándeme fondos como capitán del "Retriever".

Peasley, segundo de a bordo.

—¡Los canallas!—gritó el diminuto capitán.

Luego dijo a Skinner:

—¡Ponga a la viuda del capitán Kendall en la lista de pensiones, y entrégueme inmediatamente un año entero del sueldo del marido!

Skinner tomó nota de ello, y preguntó además, al capitán.

—¿Quiere usted que se le mande a ese Peasley el dinero que pide?

—¿Peasley? ¡Por todos los peces de la mar salada! ¿Quién es Peasley?

—Aquí tengo su hoja de matrícula. Se llama Mateo Peasley; es soltero; piloto; tiene diez años de experiencia en el tráfico de la costa del Atlántico; es la primera vez que navega en aguas del Pacífico.

—¿Es la primera vez que navega en aguas del Pacífico? ¡No le mande nada!

..

Fondeado en la bahía de Apia, el "Retriever" esperaba órdenes.

Al fin, Mateo recibió la respuesta a su cablegrama, que fué la siguiente:

29 de abril de 1925.

Peasley. A bordo del "Retriever", Apia, Sansoa.

Su falta de experiencia imposibilita cumplir su solicitud. Espere ahí hasta que llegue nuevo capitán.

Ricks.

Sin detenerse a reflexionar, Mateo cursó un nuevo cable, concebido en estos términos:

Yo me basto y me sobro para mandar un barco. Al nuevo capitán asegúrele la vida, porque le echaré de cabeza al mar en cuanto llegue.

Peasley.

Esa respuesta llegó a manos del capitán Ricks estando éste, con Skinner, jugando una partida de ajedrez, a presencia de Flora, después de la cena.

La lectura de ese cable movió el puño del

capitán Ricks a dar un soberano golpe a la mesa.

Flora leyó el enérgico parte de Mateo, y se echó a reír.

—¿Por qué te ríes?—inquirió, sorprendido, su padre.

—Se conoce que ese piloto es enérgico.

—Sí, ¿eh? ¡Ya le enseñaré yo a ese atrevido a obedecer mis órdenes! ¡Mañana, a primera hora, quiero ver a “Trompazos” en mi despacho!

Flora contuvo su risa. ¡Ah! ¡Si su padre supiera quién era Peasley! ¡Si le dijeran que era el marinero que le echó de la planchada de la “Mary Ellen”, cómo se pondría!

Si se atreviera, Flora aconsejaría a su padre que mandase a Mateo lo que éste le pedía, pues ella respondía de su pericia como navegante, y de su honradez.

Pero... no era aquella la mejor ocasión para revelar el secretillo.

A la mañana siguiente, el capitán Ricks comenzó a tomarle gusto a la pelea con Peasley; y Skinner, obedeciendo la orden de su jefe, trajo al capitán Trompazos al despacho.

—¿Quiere usted ir a Samsa a hacerse cargo de su barco?—le preguntó el molécula armador—. Antes de contestarme, entérese de este cable del piloto que asume eventualmente el mando de ese barco.

Peterson frunció el ceño y ya vió, en imaginación, a Peasley en el suelo, sin muelas, víctima de uno de sus directos infalibles.

Después de pasear sus ojos varias veces por

estas palabras de Mateo: “*asegúrele la vida, porque le echaré de cabeza al mar en cuanto llegue*”, Peterson aceptó marchar al encuentro del “matón”.

—Sí, señor; estoy dispuesto a hacerme cargo del “Retriever” y lo haré con mucho gusto... aunque sea sin cobrar ningún sueldo.

—(Esto va bien).

Peasley, después de mandar su tercer cable, se apresuró a cargar el barco, y una vez que hubo terminado de cargarlo, se dispuso a dar órdenes para zarpar.

Pero aquel mismo día Mateo recibió el aviso de la llegada de Peterson, firmado por el capitán Ricks.

—¿Dice que llegará hoy mismo?—preguntó Miguel a su amigo.

—Hoy mismo, sí.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Lo prometido! Ahora es imposible volverse atrás. Menos mal si ha mandado un tío de puños...

—Mira esa barca... ¿No ves ese fenómeno, que va de pie en ella, y no nos quita ojo? Me parece que la cosa se pone fea. Lo que nos han mandado no es un capitán, sino un elefante con bombin.

En efecto, el aludido por Miguel era Peterson, que se presentó a Mateo con la siguiente carta:

Blue Star Navigation Company
Alden P. Ricks, Presidente
San Francisco, mayo de 1925.
Personal y Confidencial.

Muy señor mío:

El dador, capitán Peterson, se presenta a usted para tomar el mando del "Retriever". Siguiendo mis órdenes, el dador le dará a usted unos cuantos trompazos de su puño y letra.

Cuando el capitán Peterson haya cumplido su cometido, le amarrará a usted, y le traerá a esta en calidad de prisionero.

De usted muy atento seguro servidor

*Alden P. Ricks
Presidente.*

Blue Star Navigation Company.

Muy tranquilo, midiendo a Peterson, Mateo le pidió sus credenciales oficiales.

—Aquí están mis credenciales—respondió el bruto, mostrando sus puños.

En vista de ello, Mateo, aceptando el reto, dijo a Miguel:

—Tú servirás de testigo de que este patán se niega a entregarme sus credenciales y no tiene ningún derecho a estar a bordo.

La tripulación, enterándose de lo que ocurría, formóse en semicírculo, y la lucha entre Peterson y Mateo empezó con todos los caracteres de un acontecimiento.

Los férreos puños del capitán Trompazos pegaban duro, y Mateo rodó al suelo con todas las características de un vencido.

Sin embargo, se rehizo de tal suerte, que, atacando valientemente, derribó, a su vez, a Peterson, que ya no pudo levantarse.

Acto seguido, Mateo dió órdenes.

—¿Qué vas a hacer?—preguntóle Miguel.

—¿Que qué voy a hacer? Voy a llevar el

barco a San Francisco y, cuando llegue allí, le diré cuatro frescas a ese viejo capitán Ricks.

.

Los días de trabajo, Skinner lo arreglaba todo con números; pero, los domingos, trataba de resolver un problema que, para Flora, no era de matemáticas ni interesante, ya que ella no podía corresponder a sus pretensiones amorosas.

El "Retriever" llegó cuando menos se esperaba, y el capitán Ricks, alegrándose de ello, se dirigió a su bordo acompañado de su hija y de su administrador, deseoso de ver la cara que tenía Mateo, a quien suponía prisionero en la bodega del buque.

Por su parte, Mateo ardía en deseos de ver qué clase de tipo era el capitán Ricks.

—Debe ser un tío más grande que Peterson—habíale dicho Miguel.

Y la casualidad quiso que Mateo y el capitán "dosdedos" se encontrasen, frente a frente, en la planchada del barco.

—Haga el favor de retroceder, que quiero pasar—dijo el viejo a Mateo, empujándole.

—Estoy en el mismo caso que usted, señor, pero al revés. De modo que, retroceda, que yo bajo.

—Apártese ya, le digo.

—Me parece que una vez le eché a usted de la planchada de un barco. ¿Quiere usted que ahora le eche de cabeza al agua?

—¿A mí? ¿No sabe usted quién soy?

—Un exigente.

—¡Soy el capitán Ricks!

—¡ Ah! ¿ Usted? ¡ Vaya! (¡ Esta sí que es buena!) ¿ Y usted, no sabe quién soy yo? Pero pase, pase... y la señorita y el señor también...

—Un desagradecido es usted.

—No. Yo soy Mateo Peasley.

—¿ Peasley? ¡ Diga al capitán Peterson que



—...¿ Quiere usted que ahora le eche de cabeza al agua?

se presente! ¡ Ahora verá cómo le ajustamos a usted las cuentas!

Mateo sonreía a Flora, y ella, haciendo lo propio, le daba mayores energías.

Peterson apareció, pero el capitán Ricks no esperaba oír lo que oyó.

—El capitán Peasley es un buen capitán.

patrón... Yo quisiera navegar siempre a sus órdenes.

—¡ Eh! ¿ Qué convenio han hecho ustedes contra mí? Pero yo sabré hacer justicia. Es usted, Peasley, culpable del delito más grave que puede cometerse contra las leyes del mar. El de resistencia a la autoridad constituida. ¡ Ahora sí que va usted a tener que obedecerme! ¡ No saldrá usted de este barco hasta que la autoridad de marina resuelva el caso!

Mateo hubo de resignarse, seguro de que la razón acabaría por ir del brazo de la razón.

El camarote del capitán no era mala cárcel, pero Mateo no podía comunicarse con Flora.

Ella comprendió que Mateo la amaba, y pensó que se alegraría yendo a verle en su "encierro".

Miguel, que les sirvió el te, deseaba con toda su alma que su amigo tuviera la suerte de salir airoso de todos los "líos" en que se había metido, y los enamorados, entregados a su mutua ilusión, parecían afirmar que nada podría hacer tambalearse su ya firme amor.

Mas el antiguo primer oficial del "Retriever", convertido en simple marinero, espío las entradas y salidas de Flora y le llevó el soplo a su padre, que, indignadísimo, decidió, con Skinner, apartar a Flora de Peasley por una temporada, proyectando marcharse los tres a hacer una excursión marítima en el "Flora número 2".

Pero, antes, quiso sorprender a su hija con Mateo, y lo consiguió.

—¡ Márchese de este barco, y no vuelva más

a él; porque soy capaz de mandarle a presidio por diez años!—amenazó el viejo al hombre que su hija amaba.

Miguel quiso intervenir en favor de su amigo, mas el capitán Ricks le ordenó que se callase y que fuese a buscar a Peterson, que no



...y los enamorados, entregados a su mutua ilusión, parecían afirmar que nada podría hacer tambalear su ya firme amor.

tardó en presentarse.

—¡Capitán Peterson, tome usted el mando de este barco!—ordenóle el viejo.

—Siento no poder aceptar—contestó Peterson—, porque el capitán Peasley es amigo mío. Si él se va, yo me iré con él.

—¡A tierra los dos! ¡Ahora sí que voy a dar parte a la comandancia!

Fué inútil que Flora tratase de oponerse a que Mateo abandonase el barco, y como se puso muy triste desde aquel momento, su padre le habló de la proyectada excursión.



...el capitán Ricks le ordenó que se callase y que fuese a buscar a Peterson...

Mateo no volvió a bordo, con lo que el capitán Ricks creyó haberse salido con la suya; pero la que en realidad hacía cuanto le venía en gana, era su hija Flora, que acudía a todas las entrevistas que, en poéticos y solitarios lugares, le proponía su amado.

Un día, Flora le habló de la excursión a que la obligaba su padre, lamentando no volver a

verle durante algún tiempo, y se hicieron protestas de amor.

—Mañana a estas horas estaré en el mar... lejos de aquí.

—Y yo estaré aquí mismo, para verte partir. Y me quedaré sin consuelo.

—Papá está ya muy viejo, y no tiene a nadie más que a mí en el mundo, ¿comprendes?

—Sí, Flora, sí... comprendo...

Al día siguiente, cuando el "Flora n.º 2" se hizo a la mar, Mateo despidió a su amada desde la costa, agitando su pañuelo en el aire.

Miguel procuró, durante el resto del día, distraer a Mateo, sin conseguir disipar su melancolía.

Y aquella noche se desencadenó un furioso temporal; y con la rapidez del rayo corrió por los muelles la voz de que el "Flora n.º 2" había encallado en los arrecifes de "Punta Reyes".

El remolcador del muelle no se atrevía a salir, pero Mateo y Miguel, dispuestos a arriesgar sus vidas, se apoderaron del timón y fueron a llevar socorro a los desesperados tripulantes y excursionistas del barco en peligro.

A través de heroicos esfuerzos, Mateo logró echar un cabo al "Flora n.º 2", para sacar el buque de las rocas, y así se venció al agitado mar.

**

Después de la tempestad vino la calma. Y al día siguiente, entre las luces del crepúsculo, Flora, abrazándose a Mateo, elogió su conducta de la víspera.

—¡Eres un hombre valiente de veras, Mateo! ¡Hasta papá lo dice! Quiere ofrecerte una participación en el "Retriever", si estás conforme en quedarte en él de capitán...



El propio viejo Ricks hizo esas manifestaciones a Mateo, encantado de tenerle por yerno.

El propio viejo Ricks hizo esas manifestaciones a Mateo, encantado de tenerle por yerno, y, algún tiempo después, Flora y el noble marino se casaron.

Y los Peasley continuaron dando hijos al mar.

El primer pequeuelo bañaba una barquita en el lago de la finca de sus abuelos y sus padres (pues todos vivían juntos, es decir, el capitán Ricks, la madre de Mateo, y el matrimonio), y como el abuelo no se atrevía a dejarle solo junto al agua, la abuela le dijo:

—No hay cuidado; es un Peasley... y los Peasley no temen al agua.

A lo que el abuelo añadió:

—Y por contera es Ricks... y los Ricks tampoco somos gente de tierra.

Al decir de los abuelos, el chico llegaría a almirante.

No estaba mal...

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.